

APRENDERÉ A REZAR PARA LOGRARLO

VÍCTOR BALCELLS MATAS

EDITORIAL



DELIRIO

Colección de Narrativa Iría, 6

Primera edición: abril 2017

APRENDERÉ A REZAR PARA LOGRARLO

Colección de Narrativa Iría, 6

© 2017, Víctor Balcells Matas

© 2017, EDITORIAL DELIRIO S.L.U.

www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor

Impreso en España.

Printed in Spain.

ISBN: 978-84-15739-20-3

Depósito Legal: S 154-2017

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ÍNDICE

	PRIMERA PARTE
15	SALIVATOR
24	PETICIONES
31	OPEN
39	ALETHEIA
44	RISK
	INTERMEZZO
53	TELEVISION MAN
	SEGUNDA PARTE
69	BOT INFORMÁTICO
75	L'ERA DEL CINGHIALE BIANCO
79	SNOWDEN PREQUEL
101	4CHAN
111	APRENDERÉ A REZAR PARA LOGRARLO

*a Marga,
sine qua non*

*Solo creen en lo divino
quienes lo son.*

Friedrich Hölderlin

PRIMERA PARTE

SALIVATOR

A Rodrigo Cortés

*Si insisten en preguntarme por qué le quería,
creo que solo podría expresarlo diciendo:
«Porque era él. Porque era yo».*

Michel de Montaigne

I

Cormac y yo, una pareja indisoluble. Cormac tan cinematográfico, alto, bigotillo incipiente; yo un lírico melancólico de la vieja escuela, bajo, imberbe. Cormac con mochilas *Invicta* de moda; yo con un carricoche para sortear futuras lesiones de espalda. Sherlock y Watson en el colegio. Bonnie y Clyde en clase. Jeckill y Hyde en la calle. Cormac el profeta, Cormac el rey del balón. Cormac el líder silencioso, el confesor, el argonauta; Cormac y su futuro radiante. Cormac el geómetra, el ornitólogo; Cormac sacerdote, el profesor de canto, el saxofonista, el galán. Cormac novio de Laura.

Por otro lado, yo sin atributos, sin particularidades, el escudero que yace con las manos en la cara, virgen, adorador de las estampitas de los santos de la abuela y novio de nadie. O tal vez de alguien, pero no novio, sino esclavo: esclavo de Loulou.

Ah, Loulou, todo eso duele, en retrospectiva: los batidos de chocolate que tomábamos los cuatro en el parque, ellos metiéndose mano y nosotros mirándonos las manchas de los labios; duelen las manos necesitadas de Cormac y Laura que se buscaban mientras las nuestras señalaban inocentes, entre la maleza, la aparición sorpresiva de unos sapos. Duelen los gemidos escuchados entre los arbustos mientras intentaba leer, con sentimiento épico, poemas para tus ronquidos. Loulou, la muchacha que duerme en la hierba, la efigie, la edificación administrativa. Yo, el burócrata extraviado, el mercader sin mercancía.

El vínculo desigual entre Cormac y yo se forjó una Semana Santa de los años noventa, apenas teníamos once años. Él dijo: Vamos a hacer una prueba. Y yo dije: ¿Qué prueba? Él dijo: La prueba consiste en ver quién consigue estar más tiempo con el brazo en alto. Lo levantó como quien quiere hacer una pregunta en clase y dijo: Así. De acuerdo, dije, y yo también levanté el brazo. Caminamos por la ciudad con el brazo levantado. Como el pantógrafo de una locomotora eléctrica atravesamos la plaza mayor, tomamos un té en una terraza y corrimos por el puente romano.

Pasaron las horas. Cormac y el brazo levantado. Yo y el brazo levantado. Entonces éramos iguales, socios de una empresa única que aspiraba a los atributos superiores de la resistencia. Caminamos bajo el sol con el brazo levantado, caminamos bajo las nubes que cubrieron ese sol con el brazo levantado y bajo la lluvia que arreció con el brazo levantado, de pronto entre relámpagos, con el miedo de atraerlos por el brazo levantado.

Recuerdo la cara de Cormac mojada, radiante, y su brazo en alto, tomándome la delantera entre la niebla y el polvo y la humedad; recuerdo un principio de dolor en el hombro y los primeros calambres y a él por delante firme,

incorruptible, y una desazón repentina. Recuerdo que la catedral estaba a nuestra derecha cuando le dije, casi tuve que gritárselo, ¡Cormac, no puedo más! ¡Cormac, estoy cansado!, y él al fondo ya, bajo los arcos ojivales con el brazo levantado, perdiéndose entre los estudiantes ensotanados del seminario y gritándome ¡sí puedes! ¡Resiste! ¡Dios te está mirando!

Pero a mí Dios no me miraba. Dios no mira a los rezagados y a los quejicas. Dios no concede su compasión a los pusilánimes que se quejan por un brazo demasiado tiempo levantado.

Ralentiqué mis pasos, empecé a claudicar en la escalinata del altar de la iglesia y me rendí junto a la pila bautismal. Mi brazo cayó con estrépito sobre el agua sagrada y así vi a Cormac: corriendo por el ábside como el portador de una antorcha olímpica, superior en todos los sentidos, dotado del don de mantener el brazo levantado que, al mismo tiempo, era el símbolo de todos los dones que con el tiempo habrían de revelarse en él. Cormac el director de cine aplaudido, Cormac en el estrellato, Cormac y los noviazgos efímeros con Nicole Kidman en América, los Ferraris relucientes, el caviar del Mar Negro prefigurado ya en su boca de niño, entonces, en aquella catedral, ante aquel Dios que me había visto claudicar antes de tiempo entre calambres y desesperación y alivio y arrepentimiento por ese alivio.

No sé qué es lo que él veía en mí, pero me convirtió en su fiel compañero. No me ridiculizaba por ser su escudero. Me protegía, hablaba en mi nombre cuando yo callaba, me hacía partícipe de sus juegos y de sus colecciones de cromos y de sus proyectos de futuro.

Mi don, tal vez, era el de saber escuchar. Mi don, tal vez, era el de saber amar sin medida. Mi don era el don de la sensibilidad. El médico, al auscultarme, se separó de mí con preocupación y dijo: Tu corazón se acelera cuando

te ausculto. Tu corazón es una máquina de excesos que te llevará a la destrucción o al sueño vano de la poesía.

Laura y Loulou formaban una pareja equivalente. Laura y los tirabuzones y el contoneo de cadera; Loulou y las pecas y los libros de Bram Stoker; Laura la políglota del cuerpo, Loulou la pupila con tendencia a monja.

Cormac me dejaba con ella para entregarse a Laura. Yo me sentaba en el banco del parque con Loulou y guardaba silencio. Loulou, a su vez, guardaba silencio. Como no había leído a Bram Stoker, no podía hablar con ella de Bram Stoker. Buscaba un tema de conversación en las hojas caídas que flotaban en el río, en los industriosos insectos que se preparaban para el invierno. Le mostraba en la palma extendida de mi mano una hormiga y Loulou la miraba con atención y luego me miraba a mí como queriendo decir: ¿Qué quieres decirme a través de la hormiga? ¿Qué hay en la hormiga de ti para que me la enseñes con esta devoción mensajera? Ay, Loulou, el fatídico mal de las metáforas. Porque, recuérdalos a ellos, sin prolegómenos, sin prólogos ni postfacios, arrojados sobre la hierba, rodando sobre la hierba como exactos mecanismos de relojería anatómica; la hormiga quieta en la palma de mi mano y al fondo el chasquido salivoso de los besos que se daban. Un conocimiento del alma práctico, entiendo ahora, y no especulativo, y no expectante o contemplativo, Loulou. O tal vez es que el deseo germina en el gesto y no en la palabra o su silencio. O, más simple, que yo no te gustaba, que a ti no te gustaban nada más que los libros de vampiros entonces y que soñabas, en el fondo, con un Cormac poderoso con el brazo en alto que te absorbiera la sangre sin preguntártelo y no en el trasnochado que te mostraba, estúpidamente, una hormiga extraviada en la palma de la mano.

La esclavitud se forja en la reincidencia. Dependía de Cormac y dependía de Loulou.

Las pruebas eran constantes. A ver quién resiste más tiempo corriendo en esta pista de atletismo, decía Cormac, a ver quién es capaz de memorizar todos los decimales del número pi, decía Cormac. A través de mis derrotas sucesivas se consolidaban la personalidad, el proyecto vital, la fuerza de Cormac. Por otro lado, él me protegía de mi pusilanimidad, me invitaba, me llevaba, me enseñaba con dictámenes proféticos. No hay líder posible sin un buen secretario. No hay secretario posible sin un líder complaciente. A través de los silencios sucesivos de Loulou, en cambio, y por la ausencia constante de pruebas interpuestas, por la ausencia de palabras, de gestos, se consolidaba mi amor trovadoresco por ella, mi ideal de ella, y empezó a aparecer en mis sueños transfigurada en una casta princesa rumana o en azafata de vuelo intercontinental hacia la Antártida, en la suprema congelación de la nada, una pesadilla, sus labios pétreos a un palmo de los míos, Tántalo, en definitiva, en versión de tebeo.

II

Una mañana Cormac me citó en la orilla del río. Apenas amanecía, los castores salían de los nidos, la patrulla municipal de limpieza se había detenido a desayunar en la tienda de churros. Allí me propuso un juego extravagante, la prueba de que su personalidad se estaba esculpiendo con vocación para lo excéntrico y lo bizarro, en el reino efectista de lo cinematográfico.

Salivator, dijo.

¿Cómo?, dije.

Pues una versión de Terminator pero como de pueblo, dijo: Salivator. Salivator, repetí.

Salivator, eso es, acumularemos saliva a lo largo de todo el día y el primero que la trague, ha perdido. ¿Qué opinas?, preguntó.

¿Cuál es la gracia?

Fácil, dijo, al final de la mañana, con la boca ya llena de babas, si somos capaces de no tragar, haremos un monstruoso ataque salival contra el coche del alcalde.

Así es el paso de los juegos infantiles a los juegos de madurez, el componente moral, justiciero, la vocación mitómana y un pequeño espacio para la pretensión estética. Los que escupen, los diablos de la baba, dos chicos solo identificables por la boca hinchada en el momento previo al ataque, decía Cormac. El sueño de ser superhéroe del que no escapa ningún adolescente. Y una misión revolucionaria, el derrocamiento del alcalde, el señor Lanzarote, o por lo menos de su coche. Seremos, por decirlo así, dijo Cormac, una forma silenciosa de policía, de juzgado, justicieros de arma acuática. Y yo pensaba con recelo: al mismo tiempo competiremos una vez más, Cormac y el discípulo inepto, yo, el gracioso actor secundario de las películas cómicas con sus chascarrillos y torpezas.

Que la vida tenga la consistencia de una ficción es una elección aceptable. El problema radica en la distribución desigual de los papeles, en conseguir ser Hamlet o resignarse al patético Polonio tras los cortinajes.

Es difícil almacenar saliva sin llegar a tragarla. En eso consistía el reto. Primero frotamos la lengua contra el paladar para crear la ilusión del hambre que va a ser saciada. Aunque es preferible detenerse frente a los escaparates

de las pastelerías y contemplar con ojos codiciosos los dulces, bastó con el acicate del río. La saliva empezó a llegar por sí sola a nuestras bocas. Luego puede removerse en la boca y su propia presencia genera más flema. Se aceptan las mucosas que aporta la garganta para darle consistencia, presencia y sabor. Poco a poco se crea una masa uniforme que la garganta aspira a tragar, y ahí reside toda lucha, entre la lengua y la garganta, entre los impulsos primordiales y su voluntad de represión. Y allí estaba Cormac con las mejillas abombadas y el pelo revuelto contra el río, una suerte de filósofo del esputo con los brazos en jarras; un cuadro de Friedrich; y mi lengua se movía desesperada entre los dientes y las encías para acumular a toda prisa la saliva necesaria.

Con un gesto militar, Cormac señaló hacia la calle del obispado para que nos pusiéramos en marcha. Atravesamos la catedral por los soportales de su claustro. Las monjas se retiraron a nuestro paso invocando a Dios y sus arcángeles por nuestro rostro desfigurado por la flema. Atravesamos la plaza de la facultad de filología y atravesamos la calle del obispado hasta llegar a la plaza mayor. Había familias de provincianos con sus escopetas al hombro, dispuestos a partir hacia la dehesa para la caza dominguera de liebres y estorninos. Recuerdo que tardamos muy poco en llenar nuestras bocas de saliva, y que toda esa acumulación pronto empezó a hacerse pesada, cuando aún quedaban bastantes calles para llegar a la casa del alcalde. Para variar, Cormac me tomaba la delantera con decisión y yo no podía ver su cara. Pero podía sentir la mía, el asco en mis ojos y mis mejillas compungidas. Quería tragar, por Dios, quería tragar toda aquella acumulación de desperdicios en mi boca. ¿Acaso Cormac no sentía lo mismo? ¿Acaso él, una vez más, era inmune al pánico y a la rendición? Me costaba seguirle el paso por la calle del obispado y cuando entramos en la Plaza Mayor empecé a sentir en la boca del estómago

movimientos sospechosos. El crecimiento de una arcada. Ya no podía más. Pero, ¿por qué soportar otra vez la humillación de la derrota? ¿Por qué claudicar? ¿Por qué no aspirar por una vez a la victoria, aunque fuese minúscula? Apreté el paso, convencido, resuelto, por una vez, a no entregarme al enmascarado placer de fracasar.

Y entonces las vimos. Laura y Loulou entraban en ese momento en la plaza mayor, desde el otro vértice, nos habían visto. Laura sonreía y hacía aspavientos con las manos y Loulou, con toda razón, fruncía el ceño y resoplaba. Nos encontramos en el centro exacto del cuadrilátero. Un wéstern barato. Ellas se detuvieron desconcertadas al ver nuestras caras deformadas, enrojecidas, las mejillas abombadas por las que se dibujaban conductos intravenosos violetas.

Pero ¿qué os pasa?, preguntó Laura mientras Loulou callaba y me miraba con desconfianza.

No contestamos, la saliva presionaba por emerger o por ser tragada.

Cormac, dijo Laura, ¿qué te pasa?

Y Cormac se encogió de hombros y emitió onomatopeyas con la boca cerrada, intentó apartar a Laura, ¡mmmm, mmmm!

¿Cómo dices?, dijo Laura, ¿quieres hacer el favor de hablar como una persona normal –y Loulou me miraba–.

¡Mmmm, mmmm!

¿El qué? ¿Qué tienes ahí dentro? ¡Háblame, Cormac, háblame!

La histeria de los enamorados que exigen respuestas, la aprensión, la sospecha, los celos súbitos cuando se guarda silencio.

¡Mmmm, mmmm!

No te entiendo, ¿qué dices?, repitió Laura acercándose a Cormac –Loulou me miraba–, ¡háblame! ¿Qué juego es este? ¡Abre la boca! –torpes mano-

tazos-, ¡deja de hacer el tonto, venga! Dame un beso, dame un beso, and... Así tuvo lugar, sobre ella, el superior esputo, el bautismo tribal de los enamorados.

Y en ese momento, mi querida Loulou y yo nos miramos satisfechos, tal vez redimidos, y tragué con breves golpes de garganta mi flema y recordé el día en que le mostré sin palabras, pero acertadamente, una solitaria hormiga que había acabado en la palma de mi mano.

Tardan las metáforas en ser comprendidas, y en ocasiones son poco para decir lo que uno quiere.